

ENGAÑO A LOS DIOSES

El mito de Prometeo según Hesíodo

Viridiana de la Torre López¹ / Benjamín Valdivia²

Los mitos nos plantean, en general, situaciones en las que los humanos son puestos a prueba, ya sea para demostrar su valía propia o para cumplir los designios de los dioses. En todo caso, se trata de relacionarse con potencias sobrehumanas, contando sólo con fuerzas humanas. En tal sentido, el mito contiene una aspiración de trascendencia, una separación de la inmediatez. Por eso, el mito es una mediación, un área común entre el mundo actual y el mundo pretérito; o entre el espacio de los humanos y el de los dioses. Como bien señala Mircea Eliade, el mito es lo que ocurrió en otro tiempo —*in illo tempore*— pero requiere ser actualizado cada vez, a fin de garantizar, en ese espacio compartido, la supervivencia del orbe de los practicantes. Uno de los mitos más representativos es el de Prometeo, figura que nos exige la constante agudeza y habilidad, además de la desobediencia radical.

La saga prometeica ha sido inspiración de diversas obras, siendo Hesíodo uno de sus exponentes más antiguos, mismo que tuvo la determinación de aprovecharla para ejemplificar la emergencia de la justicia divina. A continuación se describen los avatares prometeicos, aunados al desarrollo del tópico de la justicia divina.

¹ Licenciada en Filosofía. Estudiante de la Maestría en Artes del Campus Guanajuato de la Universidad de Guanajuato.

² Coordinador del programa académico de Posgrado en Artes del Campus Guanajuato de la Universidad de Guanajuato. Página personal: www.valdivia.mx

En un pasaje de la *Teogonía* la ira de Zeus es desatada en señal de respuesta a dos ofensas infligidas por Prometeo, la primera falta tuvo lugar cuando:

“[...] presentó un enorme buey que había dividido con ánimo resuelto, pensando engañar la inteligencia de Zeus. Puso, de un lado, en la piel, la carne y ricas vísceras con la grasa, ocultándolas en el vientre del buey. De otro, recogiendo los blancos huesos de buey con falaz astucia, los disimuló cubriéndolos de brillante grasa.”³

Zeus cayó en la trampa, eligió el montón de huesos embadurnados de grasa y al punto estalló en cólera por haberse decidido por la peor parte de la ofrenda, pensando que había elegido lo más valioso de la víctima. Desde entonces quedó escrito que, durante los sacrificios, se quemaran en el altar huesos y grasa, mientras los hombres comían las succulentas entrañas del animal inmolado. El padre de los olímpicos jamás perdonó el agravio; y en venganza negó el fuego a la raza humana. Ello constituye el momento crucial para la comisión del segundo crimen: Prometeo roba, dentro de una cañaheja, el fuego que, junto con las artes (sustraídas a Atenea⁴) entregaría a los hombres. El desenlace del relato es de sobra conocido: el titánida⁵ es desterrado del Olimpo y conducido al Cáucaso para encadenarlo con pesados hierros, siendo, además, condenado a que día tras día un ave rapaz le devore el hígado, el cual se le vuelve a regenerar sólo para propiciar el siguiente ciclo devorador.

En la cosmovisión de Hesíodo el doble crimen de Prometeo constituye el momento clave para caracterizar a un Zeus ajusticiador, quien a su vez deja en claro que todo culpable recibirá el castigo correspondiente. Albin Lesky en su *Historia de la literatura griega* señala cuán central es “el problema de la justicia en el pensamiento griego; Esquilo

³ HESÍODO, *Obras y fragmentos*, Madrid, Gredos, 2000, (trad. a cargo de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díaz), p. 34.

⁴ A diferencia de la versión hesiódica Esquilo señala como protector de las artes a Hefesto.

⁵ Según la versión de Hesíodo, Prometeo resultó de la unión entre el titán Jápeto y la oceánide Clímene. Hacemos esta observación porque el origen del ladrón del fuego cambia ligeramente en la versión de Esquilo. Lo importante es que Jápeto es el padre en cualquiera de los casos, por lo que la ascendencia titánica lo acompaña.

constituye una de las culminaciones de este desarrollo.”⁶ En el periodo clásico llega a su límite esa formulación original del tema de la justicia divina tiene lugar en las obras de Hesíodo, en las cuales la personificación de la justicia no corre a cargo de Diké (esa icónica mujer que sostiene una balanza en la mano derecha) sino bajo la figura del padre de los olímpicos.

Como queda dicho, en la *Teogonía* el mito de Prometeo se centra en la narración de la pena que le es impuesta; pero en *Trabajos y días* éste desaparece de escena para dar paso a los sufrimientos que los seres humanos deben padecer por haber sido los receptores del fuego sustraído. Zeus determinó el castigo, para lo cual pidió a Atenea, Hefesto y Afrodita la creación de una doncella provista de hermosa apariencia —a través de la cual los hombres recibirían el castigo merecido— y entonces Pandora cobró vida. Enseguida, a modo de regalo de los dioses, fue ofrecida a Epimeteo, quien pese a las advertencias de su previsor hermano,⁷ abrazó con gusto el regalo: la belleza de Pandora lo mantuvo cautivado hasta que ella destapó la vasija que llevaba en las manos y disipó en el mundo toda clase de males.

La cuestión de la justicia se plantea, en este contexto, en dos aspectos. Uno atañe directamente a la exigencia de restitución que Zeus sostiene ante las acciones de Prometeo. El otro trata de los efectos que tendrá en la humanidad la transgresión prometeica, ya que los males liberados por Pandora parecieran exceder la justa retribución. En todo caso, Epimeteo y Prometeo se presentan como representativos de lo humano. Y así como todo un pueblo carga con los errores de un insensato, los mortales

⁶ LESKY Albin, *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos, 1969, (trad. a cargo de José Ma. Días Regañón y Beatriz Romero), p. 269.

⁷ Véase la nota 27 de: HESÍODO, *Obras y fragmentos*, *Op. cit.* 1, p. 37. Allí se declara cómo Epimeteo representa la torpeza humana porque desoyó las advertencias de su hermano Prometeo, que tenía el don de la predicción y le advirtió que no recibiera regalo alguno de Zeus. Señalemos también que Prometeo fue el augur de lo bueno y lo malo hasta antes de desafiar a Zeus; posterior a eso, el arte del vaticinio pasará a los dominios de Apolo.

tendrán que llevar en sus espaldas la pesada carga de los crímenes cometidos por los titánidas que los defendieron.⁸ En la actualidad nos parecería injusto que toda la humanidad cargue con la culpa de un malvado. Y quizás no es la imagen que Hesíodo hubiese querido identificar con Zeus. Notemos, no obstante, que en otros textos antiguos aparece el mismo tópico. Por ejemplo, la humanidad toda sufre la secuela de la desobediencia de Adán relatada en la Biblia. A fin de situar la justificación que Hesíodo da al acto de justicia de Zeus, convendrá acudir al mito de las Edades, que sigue al de Pandora. Según este mito existieron cuatro eras previas a la presente: primero la de Oro; segunda, la de Plata; la de Bronce sería la tercera: la cuarta es la que vio nacer a los immaculados héroes; y por último está la funesta edad de Hierro, que es la humana.

Parte infaltable en el mito de las Edades es que cada una de ellas terminará a causa de la justicia (recordemos el significado de *Diké*: límite), puesto que son etapas no eternas. Existen dos posibles desenlaces para la edad de Hierro, según la especie humana opte por el trabajo honrado, que lleva al gobierno justo y la prosperidad, o si, a semejanza de Prometeo, se opta por arrebatar lo ajeno, en cuyo caso la población humana se aniquilará sin necesidad de que Zeus intervenga. Hesíodo hace eco de esa antigua y mítica división de las eras que se encuentra, por ejemplo, en la literatura védica, así como en la Biblia, en el pasaje alusivo al sueño de Nabucodonosor que es interpretado por el profeta Daniel, aunque en este caso se trata de una escultura gigantesca y se remite al futuro. Con todas las variantes, al final resulta ser la presente una era de Hierro, distinguida por la corrupción y el mal, ya provenga éste de la vasija de Pandora o de una fuente propiamente humana. En ese sentido, Hesíodo reniega de la época en que le ha tocado nacer:

Y luego, ya no hubiera querido estar yo entre los hombres de la quinta generación sino haber muerto antes o haber nacido después; pues ahora existe una estirpe de hierro.

⁸ Dice Hesíodo: “Muchas veces hasta toda una ciudad carga con la culpa de un malvado cada vez que comete delitos o proyecta barbaridades”. *Ibid.*, p. 38.

Nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán ásperas inquietudes [...].⁹

A la vista de un destino histórico de creciente degeneración, resultaría explicable que Zeus quiera poner un límite (*Diké*) a esa existencia corrupta, con independencia de los efectos de los crímenes perpetrados por los hermanos Japetónidas. Si bien con la perspectiva de lo humano las artes y el fuego son una bendición, a los ojos de Zeus y del resto de los olímpicos esa transgresión nunca fue una acción digna de respeto. Conforme al punto de vista de los dioses, ¿qué tendría de honorable haber beneficiado a seres efímeros e innobles? Por otro lado, ¿por qué se juzgaría como injusto castigar a los infelices e insensatos mortales, si la injusticia es producida por ellos mismos en cada acto que los conduce hacia su final? Esa consideración justificaría el castigo ideado por Zeus cuando se valió de Pandora para esparcir toda clase de males. Pero los hombres no se contentaron con ser una raza infectada por esas calamidades impuestas, sino que persistieron en crear su propia línea de degeneración.

El padre olímpico, en tanto es quien porta el estandarte de sumo artífice del orden, se autoriza a sí mismo para castigar a quien él crea adecuado y del modo que crea conveniente. En la *Teogonía*, fragmentos antes del mito prometeico (lo correspondiente a la *Cosmogonía*) no se observa una simple sucesión de reinados (el de Urano, el de Cronos y el de Zeus) sino la configuración gradual y el arribo de una era más ordenada, menos turbulenta: el Olimpo. Partiendo de la epopeya hesiódica el mundo arcaico de los dioses griegos se asocia, en su origen, aunque con excepciones, a seres monstruosos como los cíclopes o los centimanos.¹⁰ Inclusive los dos primeros soberanos son descritos como

⁹ *Ibid.*, p. 73.

¹⁰ “[...] de Gea y Urano nacieron otros tres hijos enormes y violentos cuyo nombre no debe pronunciarse: Coto, Briareo y Giges, monstruosos engendros. Cien brazos informes salían agitadamente de sus costados y a cada uno le nacían cincuenta cabezas de los hombros, sobre robustos miembros. Una fuerza terriblemente poderosa se albergaba en su enorme cuerpo.” HESÍODO, *Obras y fragmentos*, 1, p. 17.

divinidades temibles, desprovistas de decoro y autores de actos bárbaros perpetrados en la carne de sus propios hijos, como es el caso con Urano, a quien le preocupaba ser desplazado del trono, por lo que impedía a Gea parir los hijos que ya habían cumplido la gestación. Los hijos de Urano, apretados unos junto a los otros, crecían en el vientre materno, provocando insoportables dolores y así fue que:

La monstruosa Gea, a punto de reventar, [...] urdió una [...] artimaña. Produciendo [...] un tipo de brillante acero, forjó una enorme hoz y luego explicó el plan a sus hijos. Armada de valor dijo afligida en su corazón: “¡Hijos míos y de soberbio padre! Si queréis seguir mis instrucciones, podremos [vengarnos].”¹¹

Cronos fue el único en consentir las peticiones de su madre: empuñó la hoz para rebanar las partes viriles de Urano. Y de este modo lo desterró del trono. En seguida una nueva era cobró forma pero el nuevo soberano, Cronos, sintió los mismos temores que su padre y obligó a su esposa (Rea) a que le diera a comer los hijos que le había engendrado. Ella sufría terriblemente, su esposo devoraba uno a uno a los vástagos. Sin encontrar otra salida suplicó a los antiguos padres (Gea y Urano) la ayudaran a rescatar a su siguiente hijo. Al parir Rea al niño inmediatamente lo entregó a Gea, ésta lo escondió en la isla de Creta mientras Cronos tragaba una piedra envuelta en pañales.

“No advirtió en su corazón que, a cambio de la piedra, se le quedaba para el futuro su invencible e imperturbable hijo, que pronto, venciénolo con su fuerza y sus propias manos, iba a privarle de su dignidad y a reinar entre los Inmortales.”¹²

El infante, al crecer lo suficiente, salió de Creta con ánimo de derrocar a su perverso padre. Lo venció con su propia fuerza; luego lo obligó a vomitar a sus hermanos para condecorarlos con algún puesto en el nuevo reino. La era olímpica había iniciado, gobernada por un soberano distinto a sus predecesores: ganó el poder celestial sin castrar

¹¹ *Ibid.*, p. 18.

¹² *Ibid.*, p. 33.

a su progenitor ni cometer actos deshonrosos contra él. Tampoco encerró en el vientre materno a su progeñie ni la tragó.¹³ A los titanes, que se negaron a reconocerlo como líder, tan sólo los encerró en el Tártaro.

La literatura hesiódica afirma en el eje de la justicia al padre olímpico, de tal suerte que, conforme a los análisis de los teóricos, llegó a ser el dios ordenador (faceta cosmogónica), y también el que daba su merecido a los insensatos y beneficiaba al justo; era patrono de la hospitalidad¹⁴ (faceta filial); en compañía de Hera es protector del matrimonio, etc.

La dificultad se presenta cuando nos topamos con el resto de las referencias míticas, porque configuran una imagen totalmente opuesta, esto es, la de una deidad que no protege el matrimonio sino que ejemplifica el adulterio en encuentros casuales con divinidades menores o hermosas mortales; o peor aún la de un dios perdido en discusiones y habladurías conyugales. Esta imagen de Zeus pareciera más familiar, aunque no parece importarle a Hesíodo, quien insiste en el perfil de Zeus como impartidor de justicia, que se ciñe a una necesidad teogónica, mientras las historias de los devaneos o las rencillas de pareja pudieran ser producto de los embustes de las musas, como lo hace ver Lesky,¹⁵ siendo esta una idea que permea la cultura helénica hasta tiempos de Platón, quien vuelve

¹³ Según Albin Lesky, devorar a los hijos debió de haber escandalizado a la sociedad griega, pues sólo una mente retorcida (como la de Cronos) sería capaz de semejante barbarie. Asimismo, los relatos sobre mencionado tema son recurrentes en la literatura greco-latina, un buen ejemplo es el de Licurgo, quien sin duda fue contenido de numerosas tragedias griegas (hoy perdidas.) En: LESKY Albin, *Historia de la literatura griega*, Op. cit. 4, p. 274 y 275.

¹⁴ Un ejemplo claro sobre Zeus como guardián de la hospitalidad se puede rastrear en *Las Suplicantes*, de Esquilo. Puede verse la siguiente edición: ESQUILO, *Tragedias*, Madrid, Gredos, 1982, (trad. a cargo de B. Perea), pp. 368.

¹⁵ “Hesíodo indudablemente hubiera atribuido a los embustes de las musas las escenas de peleas conyugales que aparecen en el Olimpo de la *Ilíada*.” Ver: LESKY Albin, *Historia de la literatura griega*, Op. cit. 4, p. 120. La deducción que hace Lesky indudablemente tiene su origen en uno de los primeros fragmentos de la *Teogonía*, en la que Hesíodo afirma las musas le increparon con las siguientes palabras: “Ellas precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón. Este mensaje a mí en primer lugar me dijeron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida: «¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan sólo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad.»” En: *Ibid.*, p. 11.

a usar el argumento de la fantasía de los poetas como opuesta a la verdad de los dioses. Y eso a pesar de que los dioses mismos sean los propiciadores de la fabulación.

Es claro que la lógica del mito de las Edades va en sentido inverso al relato de las generaciones de los celestes, pues se tiene, por un lado, el ascenso desde el mundo turbulento de las primeras deidades, abruptas y monstruosas, hasta las deidades olímpicas, heroicas y bien jerarquizadas en un orden al que, una vez vencidos los titanes, todos respetan; y por el otro lado se plantea que la edad más antigua de la creación del mundo es la de Oro, que supondríamos más perfecta, aunque no necesariamente sea más pacífica, por estar más cerca de sus orígenes divinos. En este mismo sentido, Prometeo se presenta como un descendiente de titanes y, por tanto, como rebelde al gobierno de Zeus —ya sea justo o no este gobierno— en consonancia con su genealogía. Este carácter rebelde es castigado por Zeus, como un último lance de dominación. Prometeo no puede sino ir en contra de las disposiciones del dios triunfante, acudiendo en auxilio de otros seres —los humanos— que también padecen marginación a causa de su herencia y genealogía. Zeus, por su parte, debe mostrar, en acto de justicia para el equilibrio del orden de la creación, que controla las insurrecciones, tanto la de Prometeo, que atrajo el fuego hacia la humanidad, como hacia la humanidad misma, que lo recibió y utilizó sin estar autorizada para ello. Si bien el vehículo de los males se presenta en la pareja Epimeteo-Pandora, la humanidad no los recibe por descuido de estos, sino como consecuencia de su acto rebelde de utilizar el fuego, a pesar de la prohibición divina de poseerlo.

En última instancia, por más que Zeus exige la retribución ante la desobediencia de Prometeo y la de la humanidad (que también ha desobedecido, aunque sin el arrojamiento del titánida), el resultado histórico es que Prometeo logró su cometido al engañar a los dioses y extraer la brasa prohibida por medio de la caña hueca, enseñando a los mortales su uso y, así, aproximándolos a los dioses. A su vez, los humanos, aun recibiendo toda clase de

calamidades desde la vasija de Pandora, se apropiaron del fuego y, en ese sentido, burlaron el designo del dios. La justicia radical hubiese sido embargar a la humanidad el fuego, que era propiedad robada, e impedirle para toda la eternidad el uso.

Al parecer Zeus, al fin dios protector de la hospitalidad y el matrimonio, decidió alargar el castigo mientras se continuara en estado de transgresión. Por eso Prometeo no muere, sino que sus vísceras se regeneran para continuo solaz de los carroñeros. Por eso la humanidad sufre los males pero no se acaba. Por eso Zeus, ordenador último y sagrado, dejó en el fondo oscuro de la vasija de Pandora un fuego más débil pero más divino: la esperanza.